

LOS ZAPATOS DE ROSITA

Falta una semana, seis días, cuatro, dos, unooooooooooooo... Estoy tan, pero tannnnn feliz, tarararaaaaaaaaaa, aunque ansiosa e impaciente, pues mañana 24 de diciembre hago mi primera comunión y usaré mis primeros zapatos. Presiento hoy no dormiré bien. ¿Cómo serán? ¿Serán bonitos? ¿Altos? ¿Bajos? ¿Cómodos? ¿Qué se sentirá andar con los pies cubiertos? ¿Harán juego con mi vestido blanco? Perdón, no tan blanco, algo amarillento de estar guardado en un viejo baúl durante 10 años por doña Juana -una de las señoras más acomodadas del pueblo- que me lo regaló por ser de su única y adorada hija Isolda, quien ya tiene 20 años, está casada y vive en la ciudad; ella lo usó también cuando hizo su primera comunión en agosto de 1926...

Se escucha un fuerte ruido y se abre la puerta de nuestra humilde casita...

-¡Mijo, mijo! ¿Ya llegó? - preguntó mamá.

-Sí mija, soy yo- Contestó papá. Mis 4 hermanitos y yo saltamos de felicidad y corrimos a saludarlo en su regazo.

-¿Qué te pasa?- Continuó mamá.

-Estoy agotado y muy preocupado. No pude vender ni un cuarto de la leña que recogí del bosque... ¿Sabes? Es tan triste que los pocos visitantes que aún vienen de paseo a este distante pueblucho ya no utilizan leña- Contestó papá a mamá en voz baja, alejado de nosotros para que no le escucháramos.

-¿Y entonces los zapatos de Rosita?

-Nada, me fue imposible comprarlos; no pude ajustar el dinero ni pa los zapatos, ni pa los regalos de navidad, ni pa nada...

-¡Carajo! ¿Entonces qué vamos a hacer? Con lo ilusionada que está la niña.

-Sólo nos queda una última esperanza: mañana temprano, que Don Rafael abra la zapatería, lo visitaré. El es el único que puede ayudarnos. En fin, mejor vamos todos a dormir, es tarde ya y mañana nos espera un día bastante ajetreado.

Ocho horas después de una interminable noche, dado mi desvelo, por fin amanece. Me levanto, corro la cortina de la ventana, veo un hermoso día soleado y me acerco a la cama de mis papás. Muevo fuertemente a mamá y le digo: -¡Mamá, mamá, ya amaneció! Hoy es mi gran día. Levántate, debes arreglarnos pronto para no llegar tarde a la iglesia-, y armo tal algarabía que despierto a todos los durmientes.

Mamá se levanta, aún preocupada pensando en mis zapatos, pero logra disimularlo muy bien. Papá se baña, se viste, se pone el sombrero y baja calladito al pueblo a donde don Rafael el zapatero, a quien le cuenta lo sucedido y le pide que le venda

fiados así sea unos zapatos de segunda para traérmelos a mí, su consentida y linda hija mayor. Don Rafael, hombre bondadoso y que aprecia mucho a mi familia, acepta ayudarlo:

-No te preocupes hombre, casualmente estoy arreglando los zapatos de la hija del profesor y creo le sirven a Rosita. Llévatelos y me los devuelves mañana lunes bien temprano; pero eso sí, no se lo cuentes a nadie.

Así papá cogió los zapatos acabados de arreglar, limpiecitos y embetunados, los echó en su mochila y salió cantando para la casita... y digo casita, pues tiene sólo dos pequeñas habitaciones y en una de ellas está la cocina.

Mientras tanto, mis hermanitos y yo titiritando de frío nos bañábamos con valdes llenos de agua fría y con la manguera; y mamá preparaba de almuerzo un rico sancocho de la gallina que despescuezó ayer para después de la iglesia.

Al rato llegó papá con mis zapatos -que no eran míos- y yo ya organizada lo recibí sonriente, me los calcé y riendo empecé a caminar de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro, y aunque me quedaban un poco grandes, la emoción no cabía en mí, era tanta, que hasta bailé con mis hermanitos y salté de gozo. Y así, todos ya tranquilos y felices nos dirigimos a la iglesia cuesta abajo, caminando a mi paso lento para no tropezar, ni dañar, ni ensuciar mis lindos zapatos -que no eran míos-.

La ceremonia empezó a las 12m, fue discreta pero extensa y muy significativa... aunque duró un poco más de 2 horas, tanto las otras niñas humildes de muchas veredas como yo la disfrutamos bastante y salimos dichas casi volando, cual piadosos angelitos, por tener a Jesús por primera vez en nuestro limpio corazón y por estar estrenando nuestros largos y decorados atuendos blancos.

Luego mis papás, mis hermanitos y yo regresamos a nuestra casita por el empinado y largo camino empolvado, almorzamos el delicioso almuerzo que con tanto amor preparó mamá, brindamos con agua de panela y celebramos... Minutos después, alguien empujó la puerta y era don Rafel quien llegó apurado, gritando a papá: - Hombre, sucedió algo inesperado, el profesor fue por los zapatos y necesito devolvérselos antes de que se de cuenta de que Rosita los tiene-, y continúa: lo siento mucho...

Papá muy angustiado, me cuenta la triste verdad... inmediatamente, me puse a llorar y a gritar: -¡No, no, papá noooo, mis zapatos noooo!- corrí y me encerré en el baño y sólo salí después de las muchas súplicas de mamá para que lo hiciera; y aunque soy una niña buena y piadosa, me quité los zapatos no de muy buena gana, a regañadientes y con unas grandes lágrimas en mis ojos se los devolví a don Rafael el zapatero y luego me tiré en mi cama a llorar el resto de la tarde y toda la noche por mis zapatos -que no eran míos-. Al día siguiente, me levanté con los ojos hinchados, triste, no quise jugar, tampoco comí, y así pasaron varios días, pero

a pesar de esto, en las noches nunca dejé de agradecer con mis sentidas oraciones a mis padres, a doña Juana, a don Rafael y, en especial, al niño Dios por haberme permitido hacer mi primera comunión, por mi lindo vestido y por haberme permitido saber qué era caminar, aunque sólo por unas horas, en mis lindos zapatos -que no eran míos-.

Nunca perdí la fe ni la esperanza, y si los regalos del niño Dios no llegaron, fue porque él se extravió; pero estoy segura de que los Reyes Magos quienes son más inteligentes -pues son reyes y sabios- sí encontrarán la dirección de nuestra alejada casita y nos traerán los regalos que estamos pidiendo. Y empecé a rezarles también la oración que mi abuela me enseñó:

“Queridos Reyes Magos que vienen de los cielos de oriente a visitar y a traer los regalitos al niño Dios danos hoy y siempre salud, comida y alegría. Acuérdense de traer a mis hermanitos los regalitos que están pidiendo, y a mí, la muñeca que les estoy pidiendo con todo mi corazón, la muñeca que siempre he soñado, con pelo de verdad, que habla, canta y a la que bautizaré Michelle. También líbranos de todo mal y protégenos siempre, amén”. Y una última cosita: -¡Por favor noooo se vayan a extraviar!-

Al otro lado del pueblo, en la parte baja, Isolda hija de la patrona de mamá años atrás, recién llegada de la ciudad como enviada de Dios, se enteró de la triste historia de mis zapatos -que no eran míos- cuando fue a reclamarle unos vestidos a Petrona la modista del pueblo, casualmente esposa del zapatero. Pues en un pueblo, y más en este tan pequeño finalmente todo se sabe. Y quedó muy conmovida y pensativa, dado el alto aprecio y gratitud que le tenía a mi familia, especialmente a mamá.

Y en la noche del 6 de enero cuando todos dormíamos llegaron calladitos los Reyes Magos, que en realidad eran doña Juana y su hija Isolda, dejando en la puerta de nuestra casita los cinco regalos marcados con nuestros nombres de mayor a menor: Rosita, Francisco, José, Pablo y Jesús... hermosos regalos que apenas descubrimos en la madrugada del día siguiente; al verlos corrimos a abrirlos rompiendo sus envolturas, y al abrir el mío ¡Oh Sorpresa! me llevé:

Encontré no sólo un regalo, sino dos: la muñeca Michelle que el niño Dios había extraviado y los zapatos de los que me había olvidado, nuevos y de mi talla... -que sí eran míos-.